

por nuestros intereses y jamás nos faltará su asistencia; pero que por nosotros mismos nada podemos absolutamente.— Humildad y confianza. A imitación de los Apóstoles confesemos nuestra pobreza. A la palabra del Salvador, ¡qué pesca tan maravillosa! San Juan grita: «Es el Señor» ¡Era el más puro! es el primero en reconocer á Jesús. San Pedro se echa al mar. Sus compañeros van á tierra en la barca. Hay dos caminos para ir á Jesús; sigamos el que El mismo nos inspire. Admiremos no obstante el fervor de Pedro; ninguna cosa hace que adelantemos tanto en la perfección. ¿Qué pasa entre tanto en la orilla? ¿Qué es esta comida, preparada y servida por Jesucristo? ¿Qué pasa en el alma de los Apóstoles en tanto que toman esta refección milagrosa? Admiremos la tierna solicitud y bondad del Salvador en favor de los que lo han dejado todo para seguirle.

MEDITACIÓN LXII

TERCER DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA.—*Patrocinio de San José.*

Dos cosas determinan y miden la confianza que merece un protector, á saber: el poder que tiene y su afecto por aquellos que protege; en otras palabras: lo que puede y lo que quiere hacer por sus protegidos. Estas dos consideraciones nos harán apreciar las ventajas de estar colocados bajo el patrocinio de S. José. Buscaremos después el modo de asegurarnos el apoyo de tan poderosa protección.

- I. Cuál sea en el Cielo el poder de S. José.
- II. Cuánto debemos contar con el afecto de este gran Santo.
- III. Qué debemos hacer para aumentar el interés que él tiene por nosotros.

PUNTO I

Cuál sea en el Cielo el poder de San José

Apreciémoslo por la idea que la Iglesia nos da de él y por los empleos que este Santo ejerció sobre la tierra.

1.º La liturgia no es sólo la oración pública y solemne de la Iglesia: es también su enseñanza auténtica y popular. Al consultar el oficio de las dos fiestas principales que celebramos en honor de San José y en particular la de su Patrocinio ¿qué es lo que observamos? ¿Cuál es, por decirlo así, el pensamiento dominante? Podemos formularlo de este modo: poder sin limite concedido en el Cielo al casto esposo de María, figurado por el que fué concedido al antiguo José en Egipto. Al rezar el oficio de este día nos parece estar oyendo al Señor que dice á los hijos de su Iglesia lo que Faraón decía á los egipcios que acudían á él en sus necesidades: «Id á José; Yo he puesto mi gobierno en sus manos; él es el dispensador de mis gracias, y puede hacer por vosotros lo que pudiera Yo mismo.» *Constituit eum dominum domus suæ et principem omnium possessionis suæ.* Hé aquí lo que la Iglesia repite entonando el cántico de alegría, *Alleluja, alleluja!* Esta es la idea que Ella quiere nos formemos tocante al poder de este admirable Santo; poder que es consecuencia de su dignidad.

2.º En el tiempo de que hablamos, Dios tenía en la tierra un doble tesoro, objeto de todas sus complacencias; Jesús, á quien llamaba su Hijo muy amado, y María que había dicho por inspiración del Espíritu Santo: «Dios me poseyó desde el principio de los siglos.» ¿Qué hizo el Señor respecto de San José? Le confió este doble tesoro; lo constituyó jefe de su familia, dueño de su casa, príncipe de todo lo que más amaba. *Constituit eum principem omnium possessionis suæ:* le dió sobre Jesucristo los derechos de un padre sobre su hijo; y sobre María, los de esposo sobre su esposa. Jamás estos derechos fueron más religiosamente respetados, pues jamás hubo ni hijo más obediente, ni esposa más sumisa. Ahora bien: ¿quién podrá suponer que estos títulos tan gloriosos de San José, á los que va unido un poder tan grande en la tierra, sean desconocidos, por decirlo así, desde que está en el Cielo? Pensar que ya no tenga para con Jesucristo, que le llamó padre, ni para con María cuyo esposo ver-

dadero fué, más reputación que la que resulta de una eminente santidad, ¿no sería esto admitir que al entrar en las delicias de la Gloria ha perdido las más hermosas flores de su corona; y que para él ha sido una especie de desgracia lo que para todos es la más grande recompensa? En esta consideración radica el sentimiento y la idea que atribuye al padre putativo de Jesús el poder de intercesor sin límite. Si algunos santos y sabios doctores han pensado que María se acerca al trono de su divino Hijo, más como quien manda que como quien ruega, menos para pedir que para mandar (1); otros han dicho, al hablar de San José, que los ruegos de tal esposo y tal padre son órdenes para su Esposa y para su Hijo; que Dios, lejos de haberle despojado de los privilegios que hicieron su felicidad en este destierro á pesar de tan penosas pruebas, los ha completado y consumado en su vida gloriosa (2). Han dicho que se invoca á ciertos bienaventurados por particulares necesidades, como si el poder de socorrernos estuviese repartido entre ellos; pero que San José ha recibido el poder universal de ayudarnos en todas las necesidades temporales y espirituales (3); y que: así como el Hijo de Dios nada rehusó á su tutor mientras vivía en este mundo; con más razón le concede todo lo que le pide por nosotros ahora que está sentado á la diestra de Dios, su Padre. Por eso la Iglesia nos dice que nos dirijamos al segundo José con tanta confianza como tenían los egipcios cuando le decían al primero: *Salus nostra in manu tua est; respice nos tantum, et læti serviemus regi*. Pero esta salvadora mirada, ¿la merecemos nosotros?

(1) S. Petr. Dam. Serm. 1. in Nativ. B. M.

(2) *Dum vir, dum pater orat uxorem et natum, velut imperium reputatur.* Gerson.—*Profecto dubitandum non est quod Christus familiaritatem, reverentiam, atque sublimissimam dignitatem, quam illi exhibuit dum ageret in humanis, tanquam filius patri suo, in cælis utique non negavit, quin potius complevit et consummavit.* (S. Bernardin., Serm. I. de S. Joseph.)

(3) *Quibusdam sanctis in aliquibus causis præcipue patrocinari; at sanctissimo Joseph in omni necessitate et negotio con-*

PUNTO II

Cuánto debemos contar con el afecto de este gran Santo

Veamos su bondad, su caridad, su celo: todo está previsto en los designios de Dios. Cuando El crió el corazón de José, crió el corazón del que debía ser esposo de María y padre putativo de Jesús. Quiso que en esta Trinidad visible, Jesús, María y José, hubiese una conformidad de afectos semejantes á la que hay entre las tres adorables Personas de la Trinidad invisible y eterna. Sobre el modelo de Jesús y de María fué formado el corazón de José; y desde este punto de vista hay que colocarse para concebir, en cuanto sea posible, la perfección de que fué adornado; elevación de sentimientos, fuerza de alma, cosas necesarias para los que tienen grandes destinos que cumplir: pero principalmente, sensibilidad, tierna compasión, inclinación á hacer bien. Gracias extraordinarias desarrollaron tan nobles tendencias, y formaron como el objeto sobre que versaron durante treinta años los amores de Jesús y de María. No podían ellos en efecto recompensar la abnegación de San José en manera más digna, que aumentando en su alma la caridad, haciendo su corazón semejante á los suyos.

El preguntar si debemos contar con las favorables disposiciones de San José, y si este Santo quiere ayudar á los fieles y á los pastores, sería como preguntar si Jesús y María nos aman; porque en sus sagrados corazones es donde San José toma sus sentimientos hacia nosotros. No podemos, pues, poner en tela de juicio el celo de este gran Santo, de la misma manera que no podemos dudar del amor de un padre para con sus hijos. Jesucristo nos llama hermanos, y nosotros somos miembros suyos: luego San José nos tiene como hijos adoptivos.

Desde el momento en que el Angel le reveló el *cessum est tutaries, et omnes ad se pie confugientes defendere, fovere, et affectu paterno prosequi.* (S. Thom.)

misterio de la Encarnación, cumplido en su augusta Esposa, su vida fué una continua contemplación: pero ¿qué contemplaba El sino el amor de Dios personificado en el Verbo hecho Carne? *Sic Deus dilexit mundum!* ¡Oh! ¡qué grito de entusiasmo debió escapársele á menudo de su corazón! Cuando miraba el divino Niño en el pesebre, en los brazos de su Madre, en los suyos; cuando le prodigaba ó recibía tiernas caricias, cuando lo veía crecer; y más tarde, participar de sus trabajos; cuando le escuchaba en celestial conversación manifestar á lo que había venido al mundo, lo que sufriría por la gloria de Dios y la salvación de las almas; ¡qué ardientes llamas no vendrían á aumentar el amor que tenía á Dios y á los hombres!

Mal conoceríamos la caridad de Jesucristo hacia nosotros, si ignoramos que todo lo que El hizo en este mundo fué por nuestro bien.

El quiso tener un padre y una madre, y colocó en sus corazones tanto afecto hacia nosotros tan sólo para obligarse, por decirlo así, á concedernos por sus intercesiones lo que no habríamos conseguido por nosotros mismos: la Iglesia así lo dice en el oficio de San José. *Ut quod possibilitas nostra non obtinet ejus nobis intercessione donetur.* ¡Vayan pues, todos á José! *Ite ad Joseph!* Pero no olviden los Sacerdotes que ellos tienen un derecho particular á su protección. Sí, porque ellos trabajan para la gloria de Dios, para que Jesús y María sean siempre más conocidos y para salvar á las almas: cosas todas que forman el objeto de la particular predilección del Santo.

PUNTO III

Cómo podemos atraernos más y más la protección de San José

Este Santo viene en ayuda hasta de los que no lo conocen ó que conociéndolo no le tributan ningún honor; y en esto como en lo demás es el fiel imitador de Jesús y María: pero lo mismo que ellos, también tiene mayor predilección por los que le aman: *Ego*

diligentes me diligo. Si nos presentamos como sus hijos, invocándolo con filial confianza, su corazón nos demuestra el afecto de padre. Se sabe cuán reconocida estaba Santa Teresa por los favores que le había concedido. Después de haberlo dicho, añade: «Yo os conjuro por el amor de Dios, que los que no lo crean, hagan la prueba, y verán qué ventajoso es recurrir á este glorioso Patriarca y honrarle en modo particular.» Tomémosle hoy por primer protector nuestro, por el mejor de nuestros amigos, por nuestro poderoso intercesor (1). Dios lo ha escogido entre todos los hombres por su cooperador fiel en el cumplimiento de sus designios (2). ¡Oh Sacerdotes! ¡qué útil ha de ser su ayuda, su protección en todo lo que emprendéis para vuestra santificación y la de vuestros prójimos! Consagraos á él; ó bien, renovad con fervor este acto si ya lo habéis hecho (3), dadlo por padre á vuestros hijos espirituales, por pastor á vuestro rebaño, y determinad el objeto que queréis presentarle cada año, cada semana, cada día. Si propagáis su culto con perseverancia, vuestro celo le agradará por las ocasiones que le proporcionaréis de asistir á las almas, y las bendiciones que

(1) *Sume igitur peculiarem tuum protectorem amicum bonum, intercessorem potentem sanctum Joseph.* (Gers.)

(2) *Solum in terris magni consilii coadjutorem fidelissimum.* (S. Bernardin.)

(3) Al fin de la obra del Padre Patrignani *La devoción á San José* (2.^a Edición) hallamos una oración que se podrá recitar con fruto durante la octava de la fiesta de este Santo, y todos los miércoles del año.

«¡Oh gran Santo! digno entre todos los santos de ser venerado, amado, invocado, tanto por la excelencia de vuestros méritos, como por la eminencia de vuestra gloria y el poder de vuestra intercesión; yo.... en presencia de Jesús que os escogió por padre, y de María que os aceptó por esposo, os elijo hoy por mi protector, abogado y padre. Me propongo firmemente no olvidaros nunca y honraros por todos los días de mi vida. Dignaos pues, os lo ruego, concederme vuestra especial protección y admitirme en el número de vuestros siervos devotos. Asistidme en todas mis acciones, interceded siempre por mí cerca de Jesús y María, y no me olvidéis en la hora de mi muerte. Así sea.

El hará descender sobre vuestros trabajos, serán vuestra recompensa: *Memento igitur nostri, beate Joseph, et tuæ orationis suffragio apud tuum putativum filium intercede, sed et beatissimam virginem sponsam tuam nobis propitiam redde* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Cuál sea en el Cielo la dignidad de San José.*—Juzguémosla por la idea que de ella nos da la liturgia. La Iglesia encuentra la figura del poder de este gran Santo en la imagen del primer José en Egipto. *Dios lo estableció señor de su casa, el intendente de todo lo que posée.* Dios tenía en la tierra dos tesoros de inestimable precio y valor: Jesús y María. Dió á San José respecto de Jesús los derechos de padre, y respecto de María, los de esposa, derechos que nunca fueron mejor respetados. ¿Creemos que lo serán menos en el Cielo? Hé aquí por qué se dice que José todo lo puede sobre los corazones de Jesús y de María. Hé aquí por qué la Iglesia nos dice que acudamos á él con la misma confianza que los egipcios al antiguo José, cuando le decían: «Nuestra suerte está en tus manos; vuelve á nosotros tus ojos y nos salvaremos.»

PUNTO SEGUNDO.—*El uso que este Santo quiere hacer de su poder.*—Consideremos su bondad, su caridad, su celo. El corazón de San José ha sido formado sobre el modelo del corazón de Jesús y de María. Todo está previsto en los designios de Dios. El amor agradecido de Jesús y María durante treinta años trabaja en aumentar la santidad de José para recompensarle de sus servicios. ¿Cómo debieron crecer en el corazón de este Patriarca la caridad, el celo y todas las virtudes!

PUNTO TERCERO.—*Podemos aumentar más y más el amor suyo para con nosotros.*—El tiene un amor particular para los que le honran. Cuanto más nos mostremos sus hijos, tanto más él se mostrará padre. Hay muchos milagros que confirman lo que decía Santa Teresa.—Establecer el obsequio particular con que queremos desde ahora en adelante honrar á este Santo.

(1) S. Bernardin. Sen. Serm. 1 de S. Joseph.

MEDITACIÓN LXIII

CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA. — *Jesús se aparece á sus Apóstoles* (1) *sobre una montaña de Galilea.*
Les confía una misión

- I. Su amor hacia los hombres determina el objeto de esta misión.
- II. Su omnipotencia la sostiene.

PUNTO I

El amor de Jesucristo para los hombres determina el objeto de esta misión

Los once discípulos se fueron á Galilea y subieron á la montaña que Jesús les había indicado: viéndole le adoraron (2). Algunos dudaban todavía; pero su duda era efecto de imaginación más bien que de voluntad; y debía disiparse muy pronto. ¡Sacerdotes! uníos á los Apóstoles para adorar al Salvador; avivad vuestra fe; escuchad sus palabras, puesto que á vosotros os tocará buena parte de la misión que El va á confiar á los Apóstoles. «Todo poder me ha sido dado en el Cielo y en la tierra: id, pues; instruid á los pueblos y bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles á cumplir todas las cosas que Yo os he mandado.»—Por su Resurrección Jesucristo es elevado á ese poder sin límite. Tiene poder para subir al Cielo, sentarse á la derecha de su Padre, para enviar al Espíritu Santo, para preparar el sitio á sus fieles siervos, y para asociárselos en su Reino eterno.—Tiene poder en la

(1) Aunque S. Mateo no habla más que de los Apóstoles, sin embargo es muy probable que sea en esta circunstancia cuando Jesucristo se apareció á más de quinientos discípulos reunidos: (*Visus est plus quam quingentis fratribus simul.*—I Cor., XV, 6). Así piensa S. Jerónimo.

(2) Matth., c. XXVIII, 16 et 17.

tierra para fundar su Iglesia, protegerla, extenderla y perpetuarla.

¡Oh poder admirable! ¡Qué otra lengua hubiera podido pronunciar estas palabras: *Data est mihi omnis potestas in cælo et in terra!* Pronto veremos cumplirse la palabra de Jesucristo en los misterios de la Ascensión, de Pentecostés, y en la difusión del Evangelio: *Et adorabunt eum omnes reges terræ; omnes gentes servient ei* (1). ¡Oh poder infinitamente amable! ¡Qué bien está en manos de Aquél que se dignó morir por nosotros! El no se servirá de su poder más que para bien nuestro. No dice: «id á vengar mi muerte; haced que caiga el peso de mi cólera sobre los que me han crucificado» ¡Oh no! El dice: «id á trabajar para la salvación de los hombres; sacadlos de los errores en que yacen; perdonadles sus pecados; Yo os hago distributores de mis gracias; repartidlas entre ellos. Ya no limito Yo vuestro celo á una sola nación: ya no os digo: *In viam gentium ne abieritis;* al contrario, Yo os envío á todas las naciones, á todos los pueblos. Voy á subir al Cielo: vosotros enseñad á todos los hombres que el modo de subir también ellos, es creer, recibir el Bautismo y observar mis preceptos.»

Tal fué la misión de los Apóstoles: y tal es la vuestra, ¡oh Sacerdotes! ¿No os alegráis de haber sido llamados para continuar tan santas obras? ¿Habrá cargo más honroso que el de llevar el nombre de Jesucristo por todo el mundo, hacerle adorar por todos los pueblos, salvar muchas almas, esas almas tan amadas por el Divino Maestro? ¿Quién rehusará correr por todo el mundo para instruir y llevar al Cielo á tantos hombres rescatados con la Sangre divina de Jesús? Reinar sobre las almas en este mundo para reinar después con ellas en la eternidad, ¿no es esta la obra maestra del amor de Dios para con los hombres? Los que llevan la salvación á las almas son su carro triunfal: *Et quadrigæ tuæ salvatio.* Dad

(1) Ps., LXXI, 11.

gracias á Dios por vuestra vocación y esforzaos en comprender bien el espíritu celestial que debe animarla.

PUNTO II

La omnipotencia de Jesucristo es el sostén de la misión apostólica

«Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos». ¡Consoladora promesa hecha por un Hombre-Dios! El acaba de decir: *Data est mihi omnis potestas in cælo et in terra,* y ahora añade: *Ecce vobiscum sum usque ad consummationem sæculi.* San Mateo termina su Evangelio de la misma manera que Ezequiel su profecía: *Et nomen civitatis ex illa die: Dominus ibidem.* Hé aquí desde hoy el nombre de la Iglesia fundada por el Salvador: *el Señor aquí está.* Pero ¿de qué manera está presente? ¿Y qué efectos produce su presencia?

Prometiéndolo Jesucristo estar con los Apóstoles hasta la consumación de los siglos, promete estar con los que continúen la obra de ellos: El está, pues, presente con una *presencia de dirección,* guiándolos por caminos rectos y seguros. Si ellos son dóciles á sus inspiraciones y no se separan de El, llegarán infaliblemente á la perfección que Dios desea de ellos, y guiarán á las almas para que consigan la santidad. También está Jesucristo presente con una *presencia de atención y de afecto* para velar que nada falte á sus enviados, ni en cuanto á lo espiritual, ni en cuanto á lo temporal; puesto que El es la fuente de todo bien. Está presente con *presencia de protección,* para defenderlos de todo peligro que pueda comprometer el éxito de su misión. ¿Qué podemos temer cuando Jesús está con nosotros? *Pone me juxta te, et cujusvis manus pugnet contra me* (1). San Félix, unido con Jesús, encontró defensa contra sus perseguidores en una telaraña: de donde vinieron aquellas hermosas palabras: *Præsentem Christo, aranea fit murus;*

(1) Job., XVII, 3.

absente Christo, murus fit aranea. Está presente con presencia de poder y fuerza por la cual los ministros de Dios triunfan del mundo, de la carne y del demonio. Ellos todo lo pueden en Jesús que los conforta. Lo que les da esa fuerza irresistible es su fe y su confianza en Jesucristo: *Si potes credere, omnia possibilia sunt credenti... Qui sperant in Domino mutabunt fortitudinem.* Un santo doctor añade: *Propriam in divinam;* esta fortaleza es su amor á Jesucristo: *Fortis ut mors dilectio;* es su oración hecha en nombre de Jesús: *Si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis.* Por último, Jesucristo está presente con una presencia real y verdadera en la Sagrada Eucaristía; presencia afortunada que cambia la tierra en Cielo (1): El Altar, el Sagrario: hé ahí la fuerza invencible de la Iglesia: la fuerza y el consuelo del buen Sacerdote: *Dominus regit me et nihil mihi deerit... Et si ambulavero in medio umbræ mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es.... Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant me* (2).

Paréceme que para librarme de mis vanos temores, un ángel me haya dicho lo que otro espíritu celestial decía á un mártir, librándole de sus tormentos: *Gaudeas et corroborearis in sapientia et gratia Domini nostri Jesu Christi. Ecce enim tecum est Dominus... Consumma ergo cursum decertationis tuæ, et venies ad Dominum nostrum, accipiens coronam immortalitatis* (3). O más bien: es el Salvador mismo quien en el silencio del Santuario repite en todos tiempos á sus ministros la promesa hecha á los Apóstoles: *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem sæculi.* Mientras permanezca unido con Jesús en el Santísimo Sacramento, por muy débil que yo sea, seré omnipotente; nada me faltará; nada podrá resistir á mi obra, ni causarme daño. Más grande es mi esperanza en la infinita bondad de Jesucristo que el temor de mis profundas miserias.

(1) *Mysterium faciens ut terra nobis cælum sit.* (S. Chrys. Hom. XXIV in I ad Cor.)

(2) Ps. XXII.

(3) Surius, VII Feb.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El amor de Jesucristo por los hombres determina el objeto de la misión que El confía á los Apóstoles.*— Adoremos al Salvador y escuchemos sus palabras: *Todo poder me ha sido dado en el Cielo y en la tierra.* ¿Qué otra lengua hubiera podido decir tales palabras? Se cumplieron: Ascensión, Pentecostés, Triunfo de la Iglesia. ¡Oh poder admirable! No dice: «id á vengar mi muerte;» sino: «id á salvar á los hombres.» Bendigamos á Dios por nuestra vocación y penetremos de su Espíritu: *Querere et salvum facere quod perierat.*

PUNTO SEGUNDO.—*La omnipotencia de Jesucristo es el sostén de la misión apostólica.*—«Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.» *Presencia de dirección* para que podamos salvarnos y salvar á los demás; *presencia de atención* para que nada nos falte; *presencia de protección* para que ningún peligro nos amenaze según los designios de su providencia: *presencia real y verdadera en la Sagrada Eucaristía.* Por muy grandes que sean mis enfermedades, ¡oh Dios mío! siempre estaré confiado en vuestra infinita bondad.

MEDITACIÓN LXIV

5.º DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA.—*Las Rogativas.*

Esos días de súplicas solemnes, en los que la Iglesia se prepara para solemnizar la Ascensión de Jesucristo, nos recuerdan dos cualidades que han distinguido siempre á los buenos Sacerdotes:

- I. Un gran amor á la oración.
- II. Un gran celo para inspirar en los demás ese amor.

PUNTO I

Los buenos Sacerdotes se distinguieron siempre por su amor á la oración

¿Cómo no habían de amarla si en ella encuentran todo el honor, toda las gracias y todos los consuelos que pueden desear?